Deslinde 4

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras

Mayo-Agosto de 1969

La Universidad aquí y ahora

Leopoldo Zea: La Universidad aquí y ahora
Luis Garrido: El problema universitario de la hora actual
Santiago Ramírez: Rebeldía juvenil y cambio de generaciones
Alfonso Rangel Guerra: Las universidades mexicanas
Manuel Madrazo Garamendi: Algunas consideraciones en relación con la reforma de las instituciones técnicas en México
Gustavo Baz: La Universidad
Josefina Vázquez de Knaut: La universidad norteamericana

DESLINDE DE DESLINDE

Juan A. Ortega y Medina: ¿Encuentro de generaciones?

VARIA

Abelardo Villegas: Una nueva visión de Zapata
Francisco Reyes Palma: Arte industrial de Finlandia
Margo Glantz: El precio de la caída

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Deslinde

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras
Aparece cada cuatro meses

Director
Leopoldo Zea

Secretaria
Rosa Krauze

Consejo de redacción
Luis Villoro
Rosario Castellanos
Jorge Alberto Manrique
Margo Glantz
Luis Rius
Luisa Josefina Hernández

Primera edición: 1969

© 1969, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria. México 20, D. F.

Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México

Deslinde

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras

Año I. Número 4 Mayo-Agosto de 1969

Sumario

Leopoldo Zea: La Universidad aquí y ahora 3

Luis Garrido: El problema universitario de la hora actual 11

Santiago Ramírez: Rebeldía juvenil y cambio de generaciones 19

Alfonso Rangel Guerra: Las universidades mexicanas 24

Manuel Madrazo Garamendi: Algunas consideraciones en relación con la reforma de las instituciones técnicas en México 35

Gustavo Baz: La Universidad 45

Josefina Vázquez de Knaut: La universidad norteamericana 48

Deslinde de *Deslinde*

Juan A. Ortega y Medina: ¿Encuentro de generaciones? 58

Varia

Abelardo Villegas: Una nueva visión de Zapata 63

Francisco Reyes Palma: Arte industrial de Finlandia. Prohibido tocar 65

Margo Glantz: El precio de la caída 67

LA UNIVERSIDAD AQUÍ Y AHORA

Leopoldo Zea

La Universidad, en sus diversas expresiones, es ahora el centro de la inquietud que se hace sentir en diversas partes del mundo contemporáneo. Centro de la agitación que describíamos como una dialéctica de generaciones. El eje de esta dialéctica se encuentra, en estos días, en las más altas instituciones de formación cultural, las universidades. La rebeldía juvenil se ha expresado, en primer lugar en estas instituciones. Rebeldía, que lo es también de la intelectualidad que forma parte de estas mismas instituciones. Stanford, California, Harvard, La Sorbona, Berlín, Tokio, México, Sao Paulo, Buenos Aires, Montevideo, Varsovia, Praga, Roma, etcétera, han desbordado sus aulas y *campus* planteando a la sociedad —lo mismo capitalista que socialista, desarrollada, subdesarrollada o en vías de desarrollo—, un conjunto de problemas para los cuales se exigen soluciones radicales y rápidas. Al parecer las universidades, por obra de los universitarios, se están presentando como centros de subversión, y sus miembros como elementos destructivos. A esta supuesta subversión las fuerzas del orden están contestando con la violencia represiva; la cual, origina, a su vez, respuestas igualmente violentas. Ya es un lugar común el cierre, la clausura, de universidades; la presencia, en las mismas, de policías y tropas. Y mientras éstas ocupan los centros de cultura superior, los miembros de éstos manifiestan por las calles de las grandes ciudades, hacen barricadas y se enfrentan en duras batallas a los representantes del orden. Por supuesto, no es ésta la primera vez en que los universitarios salen a la calle y plantean problemas políticos y sociales, al menos en la América Latina. Lo importante es el volumen que ha alcanzado esta actitud, la extensión de la misma. Por ello, se habla en Europa de la latinoamericanización de las universidades europeas, y en los Estados Unidos, ha sido el mismo presidente de la poderosa nación, el que ha hablado, también, de la latinoamericanización de sus universidades y de los graves daños que para las mismas significará este hecho.

Tal situación ha planteado un grave problema, un problema del cual ha de derivarse el futuro de las universidades. Un problema que viene, en especial,

preocupando a los universitarios en México. Dicho problema lo plantea el supuesto enfrentamiento de las universidades con el Estado. Un enfrentamiento que podría derivar en un intento de anulación de la vida universitaria en nombre del orden y la seguridad amenazadas. El eje de esta vida es la autonomía; la autonomía de que deben gozar las universidades si es que han de llevar tal nombre. Autonomía a la que se dan encontradas interpretaciones; algunas de las cuales podrían ofrecer la justificación de su anulación. Una interpretación de la autonomía que recuerda a las interpretaciones románticas de la libertad, esto es, como anarquía. Como un poder hacer todo lo que se quiera, incluyendo en este hacer la anulación de la misma libertad. Es decir, la autonomía como base de un poder capaz de enfrentarse y hasta substituir al poder social. ¿El sueño de *La República* de Platón? Quienes sostienen esta idea están, precisamente, apuntando a la anulación de la misma, convirtiéndola en instrumento, en su propia negación. Lo mismo hacen los que la conciben como la posibilidad, mostrando la necesidad de anularla a nombre de la seguridad que debe garantizar todo Estado. En uno y en otro caso, las universidades no serían sino entidades ajenas, extrañas, a la sociedad que las ha hecho posibles.

Universidad y Estado son expresiones de una sola y única sociedad. Instituciones que cumplen diversas, pero no opuestas funciones dentro de la sociedad de que son parte. Y en estas funciones la autonomía es a la Universidad lo que el poder es al Estado. Dos formas de autoridad de la sociedad que las origina. Autoridad para formar ciudadanos y autoridad para mantener el orden social en que han de actuar estos ciudadanos. Y la sociedad como una totalidad encaminada hacia sus propios fines que son, también, de la Universidad y el Estado. ¿Fines estáticos, permanentes, sin cambio? Por supuesto que no; pero sí fines que deben ser alcanzados por las vías que son propias de esta sociedad y al servicio de sus miembros. Una sociedad, desde luego, abierta a todas las posibilidades, a las posibilidades propias de todas las sociedades, sin excluyentes. Y es, precisamente, en la alta cultura, en las universidades, donde estas posibilidades se hacen expresas. Cultura es, precisamente, toma de conciencia. Toma de conciencia que una sociedad, un pueblo hace de sí misma y de su situación como parte de una sociedad más amplia; como sociedad entre sociedades, como pueblo entre pueblos. Una conciencia abierta a todos los vientos de la acción humana para iniciar y realizar la propia. Y esta toma de conciencia sólo es posible si se cuenta con un máximo de libertad, la que la autonomía garantiza a las universidades. No libertad para actuar, que la acción es ya función política que traspasa los linderos de la universidad, sino libertad para conocer, comparar y elegir lo que mejor puede convenir en la marcha de un pueblo, una sociedad o una nación. Libertad para que nada de lo humano sea ajeno

a los hombres que forman una determinada comunidad; pero, al mismo tiempo, libertad para elegir los caminos que mejor convengan a esta sociedad, pueblo o nación.

Justo Sierra, el maestro mexicano, supo captar con toda precisión, el papel de la Universidad dentro de la sociedad, pero no de una sociedad abstracta, sino de una sociedad como era ya la sociedad mexicana. Una sociedad que, a través de la Universidad, debería asomarse a las ventanas que la cultura abría sobre el resto del mundo; una sociedad capaz de asimilar, a su vez, las expresiones de una humanidad que no podía serle ajena para ampliar y fortalecer las propias. El hombre de México y desde México, ampliando su humanidad, al hacer de los valores de otros hombres valores propios. Por ello decía el maestro: "Para que sea no sólo mexicana, sino humana esta labor... la Universidad no podrá olvidar, a riesgo de consumir, sin renovarlo, el aceite de su lámpara, que le será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general; que sus métodos, que sus investigaciones, que sus conclusiones no podrán adquirir valor definitivo mientras no hayan sido probados en la piedra de toque de la investigación científica que realiza nuestra época, principalmente por medio de las universidades. La ciencia avanza, proyectando hacia adelante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada de verdades que va en busca de la verdad; debemos y queremos tomar nuestro lugar en esa divina procesión de antorchas." Porque es a través de la Universidad que la sociedad toma conciencia de su puesto en la sociedad de sociedades, la humanidad. Por ello los alcances de la Universidad no pueden ser ajenos a la sociedad que la ha hecho posible: "No, no se concibe en los tiempos nuestros —agrega Sierra— que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria." ¿Cómo ha de ser la Universidad? "Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión, y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber." Esto es, una doble actitud, aunque apuntando a una sola meta: formar parte de la humanidad en marcha y, al mismo tiempo, hacer de esta humanidad algo propio. Ésta sería la función de la Universidad, de las universidades, si es que las mismas han de ser expresión de lo que su nombre indica: busca de la unidad, concentración de lo diverso, conciliación de lo múltiple. Lo que hace del hombre un Hombre; concreción al mismo tiempo, y

toma de conciencia de todas las expresiones de lo humano, de la concreción que se da en todos y cada uno de los hombres.

Y para que todo esto sea posible se necesita la libertad, de libertad, no de libertinaje. La libertad que garantice a las universidades la autonomía. No la autonomía como poder dentro de otro poder, enfrentándolo para desplazarlo; sino autonomía como expresión de la libertad de conciencia de que deben gozar los miembros de las universidades para conocer de las experiencias de otros hombres, sus posibilidades y fracasos, y poder, de esta manera, ampliar unas y limitar otros. Libertad, no para anular la propia sociedad, sino para dar a la misma la conciencia y los instrumentos de su transformación. Estimular, aguijonear, mover a cambios, por supuesto, pues de otra manera serían innecesarias las universidades. Porque la Universidad no es un simple centro de adiestramiento, de instrucción, sino de formación, de educación. En ella se forman no servidores de la sociedad, no simples instrumentos, sino actores, los individuos que hacen de ella lo que es y lo que puede llegar a ser. Y lo que puede llegar a ser depende, a su vez, de las posibilidades que éste su ser ofrece. Por ello la Universidad no puede ser extraña a la realidad concreta de su sociedad; pero tampoco puede ser ajena a la realidad universal de que es, a su vez, parte esta sociedad.

Es por ello que lesionan, invalidan, la libertad que significa la autonomía en la Universidad, quienes pretenden, por un lado enfrentarla a la sociedad en nombre de metas que le son extrañas; y por el otro quienes quieren, en nombre de esa sociedad, limitar la conciencia de la Universidad por lo que se supone tiene de amenazante. Atentan contra la autonomía los que tratan de convertir a las universidades en instrumentos de ideologías y fuerzas que son extrañas a la sociedad que las ha hecho posibles; pero también, quienes consideran que la asimilación de otras ideas, de otras filosofías e ideologías es una amenaza para el orden social. ¿Cuál es el justo medio? Asimilar, no destruir. Claro es que en la asimilación hay cambio, asimilación implica transformación; pero la transformación propia del organismo que ha hecho suyas sustancias que ya no le son extrañas. Por ello es natural que sea de las universidades de donde surjan vientos nuevos; vientos que han de ser asimilados por las sociedades que hacen posible esas instituciones. Vientos renovadores que sólo pueden transformar en tormentas la negativa a que circulen, estimulen y recreen lo creado. Porque el enfrentamiento, ese enfrentamiento que ahora sacude a una gran parte del mundo, surge de la supuesta incompatibilidad de dos órganos sociales: la Universidad y el Estado. Una renovadora, el otro conservador; pero sirviendo ambos a la sociedad que los hace posibles, a los múltiples individuos que forman esa sociedad. En este enfrentamiento la libertad de conciencia resulta opuesta al principio de autoridad. Una aspirando a un cambio permanente, el otro,

frenando todo cambio en nombre del orden. No ya el juego natural que hace posible las sociedades, el que permite que los individuos formen comunidades o sociedades sin renunciar, por ello a la libertad. Renuncia sí, por supuesto, al libertinaje, a la anarquía, que hace imposible toda sociedad; pero una renuncia al libertinaje y a la anarquía que no es, a su vez, renuncia a lo que hace de un individuo un hombre. En todo caso renuncia voluntaria, nacida de la conciencia de que sin esa renuncia no se lograría la vida social y, sin ella, la vida misma del individuo. Pero renuncia que no implica la aceptación permanente de una situación que la misma capacidad del hombre puede transformar. Por ello, la Universidad, con su autonomía, es y será la mejor expresión de lo que hace posible la convivencia social. La libertad de conciencia dentro de la sociedad y para el mejor desarrollo de ésta. Libertad de conciencia que es, a su vez, conciencia de la realidad en que esta libertad ha de poder dar frutos. Libertad de conciencia que es, también, conciencia de autolimitación. Autolimitación que la conciencia se impone a sí misma para que sus frutos no se pierdan en la utopía, en lo que no tiene lugar. De allí, las características propias del orden universitario, del orden que garantiza su autonomía. Orden moral. Un orden que es el talón de Aquiles de esta libertad. Orden moral, distinto del orden que representa el Estado. Esto es, sin instrumentos de constricción, sin policías, sin tropas, sin nada que no sea la conciencia de las responsabilidades que implica la libertad, la conciencia de lo simple que es pasar de la libertad a la anarquía y, con ella, a la anulación de esa libertad. Un orden, por lo mismo, expuesto a todas las presiones, a todos los intentos por instrumentarlo, por ponerlo al servicio de fines que le son ajenos.

¿De dónde proviene entonces el enfrentamiento que se supone se plantea entre las universidades y los Estados, que sacude a nuestro mundo? Porque es natural que existan fuerzas extrañas a las sociedades en que se plantea este enfrentamiento. Fuerzas que han encontrado en el debilitamiento del orden moral de las universidades un buen instrumento para hacer de ellas y sus miembros, unos instrumentos al servicio de los intereses que representan. Por ello en las sociedades capitalistas se acusa de la agitación universitaria a fuerzas que se supone tienen su origen en las campañas de proselitismo comunista; pero, a su vez, los capitalistas o imperialistas han sido acusados de ser los causantes de la agitación universitaria en los países socialistas. Lo cierto, sin embargo, es que una y otra agitación no habría sido posible si los miembros de las universidades no estuviesen predispuestos a la misma. Algo hay, algo se da en la toma de conciencia propia de las universidades y sus miembros, que permite que la provocación tenga éxito. Y este algo puede ser más grave que la simple presencia de agitadores de uno y otro bando en las universidades y entre los universitarios. Existe algo que ha hecho posible el enfrentamiento entre dos

órganos de una misma sociedad, algo que permite y estimula la acción de los provocadores. Y este algo es la incompatibilidad que van encontrando entre sí los ideales por alcanzar y los intereses creados. Natural es que sea el Estado, instrumento de orden social, el guardián de estos intereses; pero es natural, también, que sea en las instituciones de alta cultura donde se haga patente la incompatibilidad de ideal con lo real, de lo que se puede aspirar con lo que tiene. Y al cumplir, sin conciencia de su ineludible conciliación, sus diversas funciones, la Universidad y el Estado, se encuentran como si fuesen opuestos, como contendientes, provocando crisis como la que vivimos. Crisis de las que surgen y surgirán nuevas e inesperadas soluciones, pero que, por lo pronto son ahora problemas a resolver.

La Universidad, decíamos, toma conciencia de lo real, pero también de las posibilidades de lo real, de lo que ha sido y de lo que puede ser. En este sentido, repetimos, es algo así como un poderoso motor que mueve al cambio, a la acción, aunque no sea su función realizar este cambio y actuar a nombre propio. Sus educandos y quienes educan, sin embargo, al hacer consciente lo que puede y debe ser, son también conscientes de lo que impide esta posibilidad, de los intereses creados que nada quieren saber de un ineludible cambio. Intereses creados para los que sólo cuenta el orden aunque este orden entre en abierta contradicción con ideas e ideales que les dieron origen o con ideas e ideales que pueden originar nuevas situaciones, nuevas expresiones de un orden que no puede ser mecánico. En Latinoamérica, decíamos, es ya un viejo hecho el de la participación de los universitarios en la vida política de sus pueblos. Ha sido en sus universidades que se ha tomado conciencia de las relaciones que guarda su realidad con un conjunto de intereses internos y externos que frenan la incorporación de sus pueblos a un progreso y desarrollo general. De allí su postura extrauniversitaria frente a tiranías e imperialismos en que las mismas se apoyan. Detrás de esta actitud cuentan con la enseñanza de una historia que les habla de ideas e ideales de independencia por la que lucharon sus mayores. En México la Revolución y lo que la misma ha significado, —y se supone sigue significando— en el campo político, social y económico forma el ambiente en que se ofrece la educación. No tiene nada de extraño que sean los jóvenes que reciben esta educación —y al mismo tiempo son conscientes de una realidad en la que los intereses creados no sólo limitan esos ideales, sino los frenan— quienes reclamen en alta voz la realización de los mismos. Y qué decir entonces del supuesto contagio de esta actitud en los universitarios estadunidenses y europeos. Un problema ya no de subdesarrollo, sino de supradesarrollo. Pueblos, al parecer satisfechos en sus múltiples necesidades. Sin embargo, pese a esta supuesta satisfacción, los jóvenes y sus educadores se encuentran con una realidad que, también, contradice lo que parecía un mundo perfecto. Una poderosa

nación, como los Estados Unidos, enredada en una larga y penosa guerra con una pequeña nación subdesarrollada. Una guerra en la que se gastan millonadas y se sacrifican vidas en función con intereses que no captan con claridad los jóvenes universitarios. En cambio sí captan una serie de realidades, de demandas no cumplidas en su propia sociedad: desigualdad social, discriminación racial y violencia sobre pueblos que resisten a los intereses que han hecho posible la expansión y el supradesarrollo. Y, el todo, como un gran desajuste, no ya sólo moral, sino social. Una gran demanda de educación universitaria y superior que no es acompañada de una planificación respecto a las necesidades de la sociedad que permita la absorción de sus educandos. Y en el futuro de éstos, un conjunto de intereses creados que limita sus posibilidades. Intereses a los que hay que acomodarse si es que se ha de tener alguna posibilidad dentro del sistema. La doble conciencia de esta situación —la de la incompatibilidad de lo ideal que se aprende y la realidad en que ha de ser realizado este ideal, y la incompatibilidad de los intereses que surgen, con los intereses creados—, origina, necesariamente, la protesta, el reclamo. Una protesta y un reclamo que debería ser atendido, tomando en cuenta para el inevitable reajuste entre lo que una sociedad es y lo que tiene que ser como consecuencia de su desarrollo. Porque todo es expresión de una crisis de desarrollo, lo que se hace patente en las universidades, en las altas instituciones de cultura y en los hombres que surgen de ellas, estudiantes e intelectuales. Crisis de desarrollo en la que viejas fuerzas, viejos intereses, se niegan a todo cambio, a toda forma de asimilación de nuevas fuerzas e intereses que, necesariamente, forman el futuro de la sociedad.

Y la consecuencia de esta resistencia se hace expresa en la represión, en la evasión del problema. La represión que considera la demanda, la solicitud de reajuste, como subversión. Y, con esta actitud la posibilidad de toda clase de provocaciones que permitan llevar el conflicto hacia los intereses que ellas representan. Provocaciones que logran el enfrentamiento de dos entidades sociales, mostrando una incompatibilidad que no debería existir: la Universidad y el Estado con todo lo que ello implica para la posibilidad de la primera y, con ello, de una importante forma de expresión de la sociedad. La autonomía deja de ser garantía de libertad en el campo de la cultura y se la transforma en beligerancia política. Beligerancia que permite a quienes la utilizan enfrentarla a un determinado orden social que se quiere cambiar, para establecer otro que le es ajeno; beligerancia que permite a su vez, a los intereses creados justificar una acción que ponga fin, no sólo a la beligerancia política, sino lo que se supone la originó, la autonomía como expresión de la libertad de conciencia. Salida a las calles, barricadas y violencia por un lado; clausura de universidades, encarcelamiento de universitarios y otras formas de repre-

sión por el otro. Divorcio entre dos expresiones de la sociedad que le permitían, por un lado, tomar conciencia de su futuro y, por el otro garantizar la posibilidad de este futuro dentro de los lineamientos propios de su sociedad.

En México este problema ha sido y sigue siendo uno de los más graves. Un problema que, como en el resto del mundo, no ha sido aún resuelto. *Deslinde*, se propuso en esta ocasión, presentar un conjunto de análisis de esta situación, con sus naturales limitaciones. Análisis sobre la Universidad, aquí y ahora; la universidad como parte de una sociedad y lo que representa dentro de ella. Deslindar sus relaciones con ella, y en forma muy especial con otra de sus expresiones, el Estado. Su respuesta, la respuesta a lo que sea la Universidad, la Universidad de estos difíciles días, la dan exrectores, con su innegable experiencia y maestros universitarios desde diversos ángulos en los que se hace expresa una idea de la Universidad, aquélla en nombre de la cual o para la cual actuaron, reclamando soluciones, no ya sólo universitarias, sino sociales. La visión, en fin, de un grupo de universitarios. Una visión nacida de la misma Universidad pero vuelta sobre ella misma, como reflexión, y sobre la sociedad de que es parte y la ha hecho posible.